

políticas sociales a escala regional y la voluntad y decisión de los socios más grandes (Brasil y Argentina) para compensar las asimetrías industriales y de aparato productivo en general, respecto a socios como Uruguay, Paraguay, en un futuro Bolivia y, en algún sentido, Venezuela. En esa línea van las propuestas políticas a mediano plazo, a favor de un desarrollo productivo. Este último no puede, a su vez, desentenderse de las cuestiones de sustentabilidad ambiental, para las cuales el MERCOSUR, como lo demuestra el caso de la papelera Botnia, no tiene capacidad de contención y solución.

Y así desembocamos en la invitación a retomar el concepto de desarrollo, en lugar del de crecimiento, tan utilizado en los últimos años para referirse al aumento del PBI de las economías, pero que nada nos dice sobre la distribución del ingreso, la desigualdad territorial y otras dimensiones. La advertencia está hecha. No puede pensarse el desarrollo en el sentido industrial fondista, tal como fuera concebido en la posguerra. Ya se hizo mención a la prudencia que el texto plantea respecto del impacto ambiental; a ello se suma el fin de la era industrial y la apertura de la economía a escala mundial, con el ingreso notable de Asia, con China a la cabeza. Desarrollo sigue significando evitar el acotamiento a la 'primarización' de la economía, pero también significa favorecer la integración espacial, generar mecanismos de financiamiento para no depender de las condiciones de los Organismos Multilaterales de Crédito y poseer un proyecto educativo que alcance a toda la población; no solamente vinculado con las necesidades del mercado, sino también con un énfasis especial en el acompañamiento de los jóvenes.

Desde luego, el MERCOSUR necesita de la consolidación de muchos procesos, algunos de cada país, como la estabilidad de los sistemas políticos que sufren hoy fuertes crisis o la incorporación de los nuevos movimientos sociales como actores claves. Pero, en el ámbito regional, es necesaria la creación de una institucionalidad estable que genere un horizonte más predecible para los actores que intervienen en el proceso y

en los conflictos. Se necesita también la relectura de las prácticas de la cultura popular, que también se ha transformado en las últimas décadas y es, sin duda, uno de los espacios que ha quedado más marginado en los procesos de regionalización.

El debate sobre el regionalismo no termina de instalarse de manera abierta en la sociedad, pues parece estar sujeto a hechos puntuales. Este libro, intenta ayudar a que la discusión y las propuestas no estén ligadas sólo a determinadas coyunturas, casi siempre críticas, sino a construir un horizonte de desarrollo con inclusión.

*Sergio De Piero*

---

**TIERRA Y PODER EN SALTA.  
EL NOROESTE ARGENTINO  
EN VÍSPERAS DE LA INDEPENDENCIA.**  
SARA MATA DE LÓPEZ. PRÓLOGO DE CARLOS  
MAYO.  
Diputación de Sevilla, 2000. 367 páginas.  
Segunda edición. CEPHIA-Universidad  
Nacional de Salta, 2006,  
367 pp.  
ISBN: 8477981698

---

*Tierra y poder en Salta*, de Sara Mata de López, marca una ruptura con cierta historiografía local excesivamente ensimismada y propensa a diluirse en acontecimientos deshilvanados. Más dada al meritorio inventario de datos que al esfuerzo comprensivo, con más interés en producir biografías laudatorias que en abrir interrogantes usando herramientas críticas, las expresiones más recientes de esa historiografía parecen parodias del original.

No sólo rupturas. También continuidad con otra tradición: la que aportó una visión espacialmente más abarcadora, temáticamente más

amplia y mentalmente más extrovertida. De ella bebieron, y a ella nutrieron, Bernardo Frías y Atilio Cornejo, a quienes Mata reconoce como precursores de la historia de los complejos procesos sociales en el ámbito rural salteño.

Fruto del cambio y el proceso de maduración en los estudios históricos locales es este libro de Sara Mata, investigadora, directora del Centro Promocional de las Investigaciones en Historia y Antropología (CEPHIA) de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta y de la revista *Andes*.

En los últimos años, uno de los cambios más visibles se dio en el área de la historia andina, una de las “más activas de producción historiográfica”. Dentro de esa corriente se sitúa este libro, sólidamente documentado y estructurado, además de escrito con sobriedad. En los últimos treinta años, desde México al Perú, “la investigación histórica puso de manifiesto la complejidad del mundo rural americano”, señala Mata. Aunque no exclusiva, la pertenencia y vinculación de Salta con el mundo andino, delimita un espacio y define un enfoque que permite avanzar en la construcción de una historia inteligible e inteligente.

No es éste el único párrafo donde alude a la complejidad. Son las “complejas relaciones” sociales, económicas y políticas las que contribuyen a modelar y a definir los rasgos peculiares de la sociedad que estudia. También lo es nuestro espacio rural, que no se agota en enormes e inmóviles latifundios que unos pocos señores manejaban con un puño, dejando crecer un conjunto de medianos y pequeños propietarios al calor de un incipiente mercado donde la tierra podía comprarse y venderse.

Era compleja la actividad mercantil que, aunque tenía su centro en él, trascendía el comercio de mulas. Había también comerciantes que invertían su capital en la adquisición de tierras o hacendados que extendían sus negocios a la actividad comercial. O estancieros que tomaban préstamos a comerciantes. Compleja era esa sociedad estamental, cuya cerrazón no impedía que

se abrieran intersticios para el ascenso de algunos individuos. Pese a los prejuicios respecto al color de piel y a las barreras formales, la multiplicación de mestizos demuestra que las severas diferencias étnicas también eran eludidas.

Como otras, los caracteres específicos de la sociedad salteña se fueron gestando en el tiempo, a través del peculiar modo en que se combinaron condiciones físicas, ubicación espacial, capacidad de conexión (nexo entre el relieve andino y la llanura), vastedad y heterogeneidad territorial, diversidad de recursos naturales y el contraste de ambos con el escaso número de habitantes. Esos rasgos no son resultado de un ensamble mecánico sino de una “combinación química”.

La autora no se propone observar esa realidad a través de un enfoque general. El suyo es “un estudio micro analítico restringido a la economía y a la sociedad agraria en la jurisdicción de Salta”. Su campo de observación está limitado en el tiempo: las dos últimas décadas del siglo XVIII y la primera del XIX. Está acotado en el espacio: Valle de Lerma, Valle Calchaquí y la Frontera.

Cada uno de estos ámbitos presenta diferentes condiciones ecológicas, distintos procesos de ocupación y vías de acceso a la propiedad de la tierra. Primero en ser ocupado y poblado, el Valle de Lerma tiene población y recursos naturales más variados, junto a mayores posibilidades de riego de sus tierras repartidas mediante mercedes reales pero luego parceladas por la inexistencia de mayorazgos “y por las leyes de herencia” que condujeron a su fragmentación. Aquí predominaron las chacras, propiedades que podían tener de una a 300 hectáreas; en ellas crecían los pastos donde engordaban las mulas o en las que sus dueños y peones conchabados cultivaban, para la subsistencia y un pequeño mercado de frutas y verduras. En sólo una década (1776-1786), y como producto de la inmigración de alto-peruanos, la población indígena del Valle de Lerma creció un 63 por ciento.

En contraste, el Valle Calchaquí tiene suelo fragmentado, árido y clima seco. Escasean agua y pasturas. Su ocupación, iniciada en 1630 y concluida en 1670, demandó ingentes esfuerzos y se selló con el extrañamiento de parte de su población indígena. Pese a ello, en la segunda mitad del siglo XVIII, la mayoría de sus habitantes eran indígenas, la mitad en encomiendas. Condiciones naturales, aislamiento y tipo de conquista influyeron en la modalidad latifundista que asumió la tenencia de la tierra.

La Frontera oriental: espacio de más reciente, lenta y ardua ocupación, iniciada con mayor decisión en 1750 con las entradas al Chaco. Esta línea dibujada por fortines actuó como barrera protectora de la ciudad de Salta y fue escenario de una “intensa interacción social”, donde convivían gentes sin tierra, españoles pobres, gauchos mestizos, indios, esclavos. Aquí “la propiedad de la tierra adquirió un papel decisivo en el control de los indígenas” y ofreció mayores oportunidades de acceso a ella no sólo a “beneméritos” sino a individuos de “dudoso origen étnico”. Una parte de este suelo, la serranía montuosa, es apta para pastoreo de ganado. En otra, el terreno se ofrece a una actividad agrícola a la que los pobladores siguen siendo reacios. Aquí todo es más laxo y precario: reglas de juego, leyes, relaciones personales, diferencias sociales, obligaciones, ausencia de escrituras, mensuras y catastros.

De la diversidad de esos territorios y espacios económicos derivarán diferencias en los procesos de ocupación, formas de apropiación y de acceso a la tierra, de unidades de producción, sistemas de trabajo y retribución. A lo que se añaden diferencias étnicas y de vínculos entre diferentes estamentos.

Este propósito incluye el impacto que ese crecimiento, estimulado por la demanda de los centros mineros del Alto Perú, tuvo en la demografía local y en la transformación de la sociedad; en la ocupación efectiva, la valorización y la tendencia a la parcelación de la tierra; en la consolidación de Salta como “ciudad mercantil”; en la producción de alimentos y en conflictos y alianzas entre antiguos hacendados y nuevos comercian-

tes por el reparto, no sólo de la riqueza, el prestigio y el poder, sino también de símbolos y honores.

Aunque los grandes propietarios de tierras mantuvieron gran parte de su poder, la consolidación de los comerciantes recién llegados, y por eso no “beneméritos de Salta”, como grupo hegemónico, “conlleva la preeminencia de la riqueza sobre el linaje y la construcción de un nuevo orden social vinculado a la modernidad”, dice Mata. Que esa modernidad resultara tan tenue como ambigua, parece probarlo el hecho que tanto el linaje familiar como la posesión de tierras continuaran “siendo parámetros importantes para el reclutamiento de los miembros de la élite (...)”.

Habría que recoger interrogantes que, al presentar este libro, planteó Daniel Santamaría respecto a la importancia, organización y cohesión del núcleo de familias “principales” comparado con las debilidades, no ya de un Estado, sino de un aparato administrativo que actuaba por delegación. Ese aparato no aparece dotado de demasiada capacidad como para imponer esos estrictos “controles sociales”, que algunos creen descubrir en nuestro pasado.

Muchos de esos datos permiten conjeturar que ese núcleo de familias, dentro del cual matrimonio y propiedad anudaron fuertes lazos, era el que decidía sobre el poder político y no a la inversa. Hasta comienzos del siglo XX, el veto de algunas familias, poseía más fuerza que los pronunciamientos de una débil, poco crítica y escasamente ilustrada opinión pública.

De ello no se debería derivar otra conclusión también errónea, según la cual esa elite estaba dotada de la fortaleza de la que carecía el endeble aparato administrativo. Podría suscribirse la afirmación de Jacques Heers que, pensada y aplicada a otra realidad y otra época, define la cuestión: “La fuerza social del grupo compensa la debilidad del Estado”. En nuestro caso también es válido decir que, a partir del siglo XIX, el aparato administrativo compensó la precariedad económica del segmento empobrecido del grupo principal mediante el reparto

de cargos y el otorgamiento de beneficios. En un medio en el cual la debilidad y la fragilidad lo impregnaban todo, ese grupo de familias propietarias tenía suficiente poder para mostrarse fuerte frente a los débiles del medio local, pero sólo podía comportarse como débil frente a los fuertes de afuera.

Se puede ir más lejos: entre esa elite y la “plebe” no sólo hubo distancia: también había proximidad. Las relaciones entre ambas no estuvieron regidas sólo por la prepotencia del señor, sino también por el paternalismo clientelar y, en algunos casos, afectivo.

En Salta, afirma Sara Mata, “perviven aún prácticas sociales y formas de producción que sólo pueden comprenderse desde el pasado colonial”. Quizá de la ignorancia, la idealización o la reconstrucción arbitraria y para uso político de ese pasado, se derive esa clamorosa incompreensión del presente que hoy exhibe, sin pudor, nuestra cada vez más pueblerina, ciega y ensoberbecida dirigencia.

*Gregorio A. Caro Figueroa*